

Luz González Rubio

**LA MALDICIÓN DEL DERVICHE
Y OTROS CUENTOS DE CONTREBIA**



PRÓLOGO

El título de este libro es un homenaje a Carlos de la Rica, poeta, sacerdote y dinamizador cultural de Cuenca y de las tierras castellanomanchegas colindantes. Hoy día su obra sigue teniendo actualidad, sobre todo su poesía, no tanto quizá su prosa y su teatro. Con la publicación de estos relatos intentamos recordar esta faceta suya de prosista y continuar su labor de poner en valor leyendas y mitos de la comarca. En cada uno de ellos se recrean personajes y escenarios locales que acercan al lector a nuestra tierra. Aun a sabiendas de que Contrebia existió y de que no es Cuenca, sino una ciudad celtíbera anterior cuyos restos arqueológicos se encuentran no muy lejos, mantengo ese nombre de resonancias míticas que tanto Federico Muelas como Carlos de la Rica le dieran.

Contrebia, para estos poetas conquenses del siglo XX, era un espacio esotérico, mágico, una ciudad paralela al entorno real por el que deambulamos cada día los conquenses. Y por extensión y generosidad de Carlos de la Rica, también lo sería toda la comarca de Castilla La Mancha. Contrebia, según ellos, son las Casas Colgadas, la Ciudad Encantada, los altos tormos y los abismos rocosos de la ciudad que se asoman a las hoces de los dos ríos. El misterio de tales paisajes se suma a las resonancias literarias de la llanura manchega, la historia de nuestros pueblos olvidados con castillos en ruinas y la amenaza de la despoblación. Carlos de la Rica, como un quijote más de estas tierras intentó el milagro de hacernos resucitar

nuestros valores, de poner en valor lo auténtico y aunar tradición con la más rabiosa actualidad. Escandalizó a muchos con su vestimenta, con los conciertos de rock, performances y representaciones teatrales que se dieron en su parroquia. A otros, sin embargo, nos despertó una gran simpatía y ganas de imitarlo. Pasó el tiempo, Carlos murió en el noventa y siete, y aparte de alguna necrológica en el periódico y un homenaje en la revista de la diputación, Cuenca, su recuerdo se va perdiendo.

La motivación de querer recuperar su memoria surgió precisamente en su pueblo, en la iglesia renacentista que él intentó restaurar. La visita al panteón de los marqueses de Moya formaba parte de un viaje cultural organizado por una agencia de viajes madrileña. Veníamos de ver las pinturas rupestres de Villar del Humo y el pueblo fantasma de Moya, hileras de piedras todavía en pie en lo que fueron sus calles, lienzos de muralla de un castillo desvencijado, y abajo el panteón de los marqueses amigos de los Reyes Católicos, el converso Andrés Cabrera y su esposa Beatriz de Bobadilla. La persona que sustituía a la guía local en los comentarios sobre la restauración de las pechinas del edificio, hizo una observación despectiva acerca de aquellas pinturas coloristas: “Son de un aficionado, un cura que teníamos en Carboneras un tanto peculiar...Se cayó del andamio y dejó sin terminar su restauración”. No se dijo más de nuestro admirado autor, ni de su biografía ni de su obra literaria, ni siquiera se mencionó su nombre.

La guía tenía razón, Carlos de la Rica fue un cura muy peculiar, un genio que se adelantó a su tiempo y que se atrevió a poner en cuestión la teología reaccionaria de la

ciudad episcopal por excelencia, que era entonces Cuenca, para llevar a la práctica los principios del concilio Vaticano II. Un cura que se atrevía a pasar por alto leyes de la época sin alharacas ni aparentes rebeldías, poniéndose la sotana cuando la ocasión lo requería para subvertir el orden franquista de una manera silenciosa. Uno de los mejores poetas de los últimos tiempos, el creador más internacional que había tenido la provincia de Cuenca que se codeaba con poetas sobrevivientes de la generación del 27 y con otros igualmente famosos: Ángel Crespo, Gabino Alejandro Carriedo, Federico Muelas... De este último, además de amigo, fue el albacea de su obra.

Las citas de creadores de nuestra comarca son ingentes en la prosa de Carlos de la Rica, su generosidad le lleva a ensalzar de la misma manera al amigo y al que todavía no lo es, al principiante y al que ya es famoso. En la reseña que hace de la obra del dramaturgo Miguel Romero Esteso, “Esa pálida, pálida, pálida, pálida rosa”, estrenada con gran éxito de crítica y público en Madrid, dice: Ese gran muchacho orquestador y músico que llevaba unos estupendos coros por los cincuenta por esta ciudad castellana de Cuenca. Habían estudiado juntos en el Seminario Mayor de Cuenca y el teatro vanguardista del reconocido autor debió de influirle a la hora de escribir y dirigir sus propias obras: *“Edipo el rey, La razón de Antígona y sus autos sacramentales, La salvación del hombre y La pasión según san Lucas”*.

También recuerda otras influencias, como la de otro amigo autor teatral, Gallastegui, en la reseña de su obra *Paraphernalia de la olla podrida*

Puede apreciarse admiración y elogio, sin una pizca de envidia, en el retrato que Carlos hace de sus contemporáneos en “70 años de poesía en Cuenca”. Por el contrario, otras antologías poéticas de esta época olvidan a nuestro autor. Como señalan algunos críticos, Carlos Morales, por ejemplo, su carácter contradictorio no admite encasillamientos. Su condición de sacerdote lo excluye de la poesía social, aunque parte de su producción se avenga a esta clasificación, como su libro Poemas junto a un pueblo. Mientras que este carácter social de poeta comprometido lo excluye de las antologías más puristas de postistas (**), novísimos o venecianistas.

Bien es verdad que, a pesar de estos olvidos o ninguneos, su influencia en los poetas más jóvenes está documentada. A la estupenda biografía de Carlos Morales en la introducción a la antología ampliamente anotada de su poesía, titulada “Cántico a la cremación” (Junta de Castilla La Mancha 2003), o la más breve de Pilar Bedate, “Poesía 1959-1989” (Diputación de Cuenca. Anthropos. 1993), se suma algún otro artículo de periódico.

A pesar de lo cual Carlos de la Rica sigue siendo un escritor olvidado en el panorama cultural español. Más grave aún que esto ocurra en su misma ciudad para la que fundó la RACAL, Real Academia Conquense de las Artes y Letras. Su trabajo incansable para promover el desarrollo cultural de toda Castilla La Mancha le llevó a la creación de una editorial, Torode Barro todavía activa en Tarancón, la primera y una de las más importantes editoriales de poesía a nivel internacional. Otros intentos

suyos no gozaron de tanto éxito, por ejemplo, la colección de relatos fantásticos que hablasen de nuestras ciudades y pueblos. Su proyecto de sacar varias colecciones de textos de esta naturaleza en serie de siete, ese número mágico de la cábala, se vio interrumpido en el segundo tomo. A “*Los Cuentos de Contrebia*”, el primero de la serie, escrito en colaboración con Federico Muelas, le sucedió “*El ballazgo de Simuel y otros cuentos de Contrebia*”. Desafortunadamente, no hubo más. En la solapa de este último volumen se habla del interés de su autor, Carlos de La Rica, por los temas esotéricos y míticos y de su intención en rastrear el misterio de las ciudades paralelas, cuya realidad está siempre al lado de uno mismo. (*)

Son relatos que tienen por escenario no solo la ciudad de Cuenca, sino también, como decíamos, de toda la comarca. En palabras del creador del mito: de una ciudad y su comarca cuajadas en el misterio, en lo esotérico y mágico de la entraña misma de Celtiberia. Un halo envolvente de fugaces y permanentes gentes pasan a habitar los episodios, acompañar el paisaje, a hacer de la misma ciudad escenario excepcional. (*)

Transcurridos más de cuarenta años desde entonces, tengo la osadía de continuar aquel proyecto de mi admirado autor con este libro de relatos que quiere ser un homenaje al poeta, al prosista y sobre todo a la persona que hizo con su vida y hechos una obra de arte mucho más grande que la que nos ha legado con sus palabras.

Como suele decirse, nuestra mirada llega más lejos si nos subimos a hombros de los que nos precedieron. Esta es mi intención al rescatar el título y el nombre de Carlos

de la Rica, no la de auparme en su prestigio sino la de poner mi granito de arena a su noble ambición de crear cultura en la comarca. Además de expresar mi admiración y reconocimiento de su obra y de su persona.

Es conmovedor ver el memorial que hizo a las víctimas republicanas en el cementerio de Carboneras mucho antes de que se tuviera noticia de la necesidad de la Memoria Histórica. En los años sesenta, en pleno franquismo, este cura de pueblo ya reivindicó el recuerdo de las víctimas de una guerra fratricida e injusta. No solo con el Memorial en piedra, sino con su llamada a la desobediencia civil de leyes injustas a través de la dirección y puesta en escena de las obras de teatro que él mismo escribió. Vean si no el mensaje que transmite La razón de Antígona. No puede ser más actual.

Otro hecho que nos sorprende de su biografía es la diversidad ideológica de sus amistades, su capacidad para relacionarse con cordialidad con personas de tendencias políticas muy diversas, desde don Juan de Borbón a los hippies instalados en las casas del casco antiguo. Dice mucho de su talente conciliador la relación que tuvo con el obispo Guerra Campos, adalid de la derecha española de su época, al mismo tiempo que con comunistas señalados y representantes de la izquierda. No en vano organizó un viaje a Rusia para conocer de primera mano el comunismo, en el que veía una realización de la igualdad evangélica, según cuenta Enrique Domínguez, que fue uno de los acompañantes en ese viaje pionero, cuando nadie en España viajaba a la URSS.

Seguramente esa tolerancia de su carácter que veía a la persona más allá de la ideología que le permitía aquella

pluralidad de amistades fue también lo que le llevó a reivindicar a personajes históricos de nuestra provincia que debieron sufrir la incompreensión de sus coetáneos por el hecho de ser diferentes. Por ejemplo, la obra del criptojudío conquense Enríquez Gómez (**), el autor teatral también conocido como Fernando de Zárate, el nombre con el que burló a la Inquisición durante un tiempo hasta que fue descubierto y encarcelado.

Notas al prólogo

(*) De la Rica, Carlos. El hallazgo de Simuel y otros cuentos de Contrebia. Tarancón: El Toro de Barro, 1980.

(**) De la Rica, Carlos. Introducción a la edición crítica del autor judío conquense Antonio Enríquez Gómez. El autor da la siguiente definición del postismo, género literario al que se adhiere en revistas del grupo junto a sus compañeros Ángel Crespo y Carriodo:

“El postismo-movimiento de posguerra con ganas de sonrisa y cambio-fue contra el flamante Garcilaso imperialista de triunfante fascismo y le rozó la nariz hurgándole el moco, hasta el punto de que la censura metió tijeras en el asunto pues notó la burla. El poeta escribe y cuando vuelve a leer su composición, se da cuenta que ni es dueño ni lo fue de sus versos.

En algunos portales y redes aparece en la nómina de este grupo junto a Chicharro, Edmundo de Ory, Gloria Fuertes, etc.”

(***) Introducción al poema épico Sansón Nazareno del criptojudío conquense Antonio Enriquez Gómez:

Si la verdad ha sido envuelta en metáforas, enseña Maimónides, hemos de procurar el ocultamiento de cuanto está más allá de la comprensión

religiosa reservada a los iniciados. Y así lo escribió Ezequiel cuando elogia a los entendidos que brillarán resplandecientes en el firmamento. Sometidos al influjo musical de las esferas, lo espiritual trasciende lo material y nuestro poeta interpretó en la ambivalencia el secreto de su presencia entre los no creyentes de los preceptos rabínicos.

LA MALDICIÓN DEL DERVICHE

La noche de Lailat-ul-Barraat, la Noche del Perdón y el indulto de las faltas cometidas, es una noche especial entre todas las del mes de Shaban, el mes del Profeta Muhammad, Dios lo tenga en su gloria, pero aun siendo muy importante para todos los musulmanes, lo fue aún más para las aldeas mozárabes de la comarca del Záncara. Porque fue esa noche, la noche de Lailat-ul-Barrat, cuando Alá impidió que la maldición del derviche se cumpliera.

Ocurrió hace mucho, mucho tiempo, en un lugar de esta comarca cuyo nombre ha sido borrado de los anales manchegos para evitar la vergüenza de los que la poblaron. Por entonces, este lugar pertenecía al reino de Al Andalus, allí convivían cristianos, moros y judíos, todos juntos y en paz. A nadie le importaba qué credo tenías, de qué manera rezabas, ni cuándo o dónde lo hicieras. La gente se levantaba por la mañana muy temprano y antes de empezar las labores del día recitaban sus oraciones, cada uno la suya, antes del amanecer. Unos lo hacían mirando a La Meca, otros hacia la Jerusalén celestial y el resto arrodillándose ante una cruz, aunque todos coincidían en intensificar sus plegarias mirando al cielo para que cayera agua, que buena falta hacía para el campo, y si estaba granada la espiga que no cayera granizo para no estropear la cosecha.

Después del rezo, en cada casa, se almorzaba casi siempre lo mismo: un tazón de leche de cabra, una hogaza de pan y un trozo de queso hecho por ellos

mismos con la leche de sus ovejas. Sólo algunos cristianos ponían un trozo de tocino entre el pan, solo ellos criaban cerdos en sus casas. Los que se abstendían de comer la carne de ese animal impuro pasaban por las casas donde los criaban y se tapaban la nariz para evitar el hedor. Los exaltados incluso hablaban de prohibir aquella infamia, pero las autoridades, más tolerantes, lo permitían por respeto a las costumbres de sus vecinos.

Antes de la salida del sol ya estaba todo el mundo en los campos a sacar las patatas, sembrar ajos, podar las olivas, vendimiar en las viñas, labrar las tierras, reparar los canales por donde llegaba el riego, construir un aljibe o desembrozar alguna zanja para que corriese el agua por las acequias. En fin, esos trabajos que se hacen todavía en el pueblo y alguno más que ya se ha perdido.

Sólo el derviche y el rabino se quedaban en sus casas con sus libros. En aquella época, los cristianos eran tan pocos que ni siquiera tenían sacerdote para sus cultos. Acababan de llegar a estas tierras huyendo de la pobreza de los pueblos del norte y de la esclavitud en que vivían al servicio de los señores feudales, que los utilizaban como soldados en las guerras que se hacían entre sí, muchas veces cristianos contra cristianos. Pasada la frontera vivían mejor, aunque fuera en una cultura distinta a la suya. Sus vecinos musulmanes, a veces, los invitaban a que fueran con ellos los viernes a la mezquita, ya que no tenían iglesia, y algunos iban, si bien, la mayoría solía quedarse en sus casas rezando en solitario, en el interior de su alcoba o reunidos en el zaguán con otros cristianos.

Siempre había algún fanático que insistía en que pronunciaran la aleya “No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta”, bastaba eso para hacerse musulmanes. Pero cuando se enteró el derviche, se enfado mucho con el alcalde por permitirlo y los llamó ignorantes:

-¿No conoces la Sura del Corán que manda tener respeto por las gentes del libro? ¿Qué respeto es ese si no respetas sus creencias? ¿Qué caridad y humildad muestras hacia ellos si les intimidas para que renieguen de la fe de sus padres?

El derviche, por entonces, ya era un hombre de edad, al que todos tenían en alta estima y consideración. Ejercía una gran influencia en el pueblo, así que nadie osó levantarle la voz. Las cosas siguieron como estaban, cada uno con sus costumbres y su religión, cada uno en su casa y Dios en la de todos, como diría el rabino. Cada uno con su credo y tan amigos.

Pasó el tiempo y el santo musulmán se iba haciendo cada vez más viejo. Todavía se le podía ver en la plaza discutiendo con el rabino asuntos de religión, seguía yendo a visitar a los enfermos y asistía a los rezos de la mezquita, dirigidos por el imán, pero cada vez se le veía más cansado.

Un día pasó por el pueblo un grupo de derviches errantes cantando y bailando. Venían del Sur y se dirigían hacia Oriente a donde llevaban una interpretación nueva de la religión. Decían que Dios es Amor y que si uno amaba ya no hacía falta que fuera todos los días a la mezquita, que se podía rezar en cualquier sitio, que rezar era lo más placentero de la vida, y que hacerlo como ellos

lo hacían ponía felices a los que estaban tristes y daba juventud a los viejos.

Enseñaron a la gente a rezar bailando y a otros, a hacerlo estando quietos, muy quietos.

Enseñaron a rezar así a muchos musulmanes, a muchos judíos y a muchos cristianos. A estos últimos les decían:

-¿No leéis en vuestra Biblia que dice: “Permanece quieto y verás a Dios”? ¿No os acordáis de cómo vuestros profetas cantaban los salmos? ¿Acaso no bailaba el rey David y el rey Salomón y tocaban instrumentos musicales para glorificar a Dios?

Además del Corán, su libro sagrado, se sabían los de las otras religiones y usaban parábolas y citas de uno y otro libro, según la comunidad de creyentes que estuviera escuchándolos.

Muchos les hicieron caso durante un tiempo, y el pueblo se llenó de alegría, pero cuando se fueron, poco a poco, dejaron de orar de la nueva manera que habían aprendido de ellos y volvieron a las viejas prácticas, olvidando enseguida la feliz hermandad que habían sentido. Volvieron a rezar como lo hacían antes, unos mirando a La Meca y recitando las oraciones del Corán tres veces al día (los más piadosos, las cinco veces). Seguían dando limosna y cumpliendo con los cinco pilares del Islam, menos con la Peregrinación a La Meca porque como eran pobres no podían permitírselo y el Profeta los perdonaba.

Pero sus corazones no tenían la alegría de antes.